



GONZALO  
GINER  
  
LAS  
VENTANAS  
DEL  
CIELO

Gonzalo Giner



Las ventanas del cielo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Gonzalo Giner, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: marzo de 2017

Depósito legal: B. 2.652-2017

ISBN: 978-84-08-16861-4

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Unigraf

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

*Burgos. Reino de Castilla. Mayo de 1474*

Hugo y Damián se suponía que eran hermanos, se apellidaban Covarrubias y tenían la misma edad. Pero solo coincidían en eso.

La madre de Damián vivía, la de Hugo no.

Si a sus veinte años el primero sabía lo que quería hacer de su vida, el otro solo tenía claro lo que no iba a ser. Si Damián asentía, Hugo negaba. Si uno se apremiaba en cumplir lo que se le pedía, el otro se perdía en excusas.

Quizá por eso y desde hacía un tiempo su padre había tomado partido.

Nunca se lo había hecho saber, pero empezaba a ser evidente.

Don Fernando de Covarrubias era hombre de linaje y uno de los comerciantes de lana más importantes de Castilla. Además, desde hacía siete años era el prior de la Universidad de Mercaderes de Burgos, la institución gremial que agrupaba y protegía los intereses de un selecto grupo de comerciantes dedicados a la venta del preciado vellón. Sin embargo, en los últimos años, ni su apellido ni la prestigiosa posición comercial que se había ganado con el tiempo compensaban su cansancio

y el mal estado de sus arcas, y justo por eso aquel año no podía ser uno más dentro de sus habituales citas con la feria de Medina del Campo. Necesitaba con urgencia nuevos clientes para sus lanas, pero también frenar la pérdida de los actuales, y centenares de ellos pisaban las calles y plazas de Medina durante los cincuenta días que duraba la feria. Unos venidos desde Flandes, otros de Francia, Inglaterra o Lombardía; la ciudad castellana se convertía en el principal enclave europeo para el comercio de lana, tejidos, créditos, artesanía, especias y libros.

Pero no solo necesitaba clientes y más negocio...

Las campanas de la catedral de Burgos tocaban a misa cuando don Fernando cerró la ventana del palacio familiar situado frente al soberbio templo y miró a sus dos hijos, y supo que había llegado la hora.

—Llevo cuarenta años sin descansar un solo día. Me he dejado la piel por mantener nuestro apellido en el lugar que le corresponde dentro del mercado de las lanas y, pese a haberse debilitado en los últimos años, los rendimientos de nuestro negocio aún permiten que viváis de él. Pero, hijos míos, ahora que empiezo a ser mayor me gustaría dedicar más tiempo a las fundaciones, a ver si las viera terminadas antes de morir, y sobre todo quiero descansar. Además, nuestro negocio precisa cambios, algunos muy urgentes, y se han de tomar importantes decisiones. —Su mirada viajó de un hijo a otro. Inspiró una profunda bocanada de aire antes de continuar—: Os he procurado un buen hogar, alimento y una educación esmerada. Por esta casa han pasado los mejores maestros para enseñaros las reglas de la geometría, de la matemática o de la ciencia en general. Os obligué a aprender la lengua de los ingleses, después de haberos enseñado la que se habla en Brujas, y conocéis un poco de francés, lo suficiente para poder comerciar en el norte de Europa. Me habéis acompañado durante los tres últimos años a la feria de Medina para aprender a cerrar tratos

y conocer a los cambistas. Y si hasta ahora no os he pedido que me ayudarais en el trabajo fue por no frenar vuestra formación. Pero ha llegado la hora de cambiar todo eso. Hoy poseéis los conocimientos necesarios para empezar a tomar las riendas de nuestro negocio.

—Somos conscientes de ello y os lo agradecemos, padre.

Damián parecía hablar por ambos, pero Hugo no tardó un solo segundo en murmurar su desacuerdo. Aunque la adusta reacción de aquel hijo afectó a don Fernando, prefirió continuar con su argumento.

—Ahora bien, vosotros sois dos, y solo uno ha de dirigir el barco. La empresa requiere un único timonel, pero ambos compartís apellido y, a mis ojos, idénticos derechos a convertirnos en mi sucesor. Y de ahí viene el problema: ¿quién se lo merece más? —Se sentó ante la mesa donde despachaba los correos, cerró su libro de cuentas y suspiró con cierta pesadez—. Confieso que, si lo he pensado cien veces, he dudado otras tantas. Y como el asunto no es tarea fácil, he decidido que quien haya de sentarse en esta silla no solo tiene que estar preparado, sobre todo ha de quererlo... —Dirigió una mirada de inquietud a Hugo y le dedicó las siguientes palabras—. Tú nunca has demostrado demasiado interés por el negocio familiar, más bien lo contrario, pero no seré yo quien te aparte de él. Como acabo de decir, la decisión estará en vuestras manos. Y aquí viene la noticia: tendréis que mediros en una prueba. ¡Así quiero que sea!

Damián frunció el ceño sin ocultar cierta preocupación.

—¿A qué prueba os referís, padre?

—Una sencilla, pero de vital importancia. Hoy mismo saldréis hacia Medina del Campo juntos, pero en cuanto lleguéis a la feria competiréis entre vosotros por captar nuevos clientes. Necesito que pongáis todo vuestro empeño en ello; elegid bien entre los extranjeros, convencidos de la calidad de los rebaños merinos con los que trabajamos y los criterios que seguimos para que así sea. Defended la forma de pago que ten-

drían con nosotros, y cuáles serían las condiciones de entrega y fechas. Me da igual el argumento que tengáis a bien utilizar. Todos pueden valer si con ellos recuperáis la confianza que probablemente un día tuvieron en nosotros o la ganaseis en los nuevos. Hecho eso, quien consiga más o aporte los de mayor envidia en caso de empate habrá demostrado ser el mejor preparado para guiar la empresa de ahora en adelante. —Acompañó sus últimas palabras con una sonora palmada sobre la mesa—. ¿Qué otro encargo os puedo hacer sino alimentar con más clientes nuestro propio futuro?

Damián apretó los puños, se mordió el labio inferior y miró de reojo a su hermano con franco desdén, sintiéndose ya triunfador. Desde bien pequeño había ambicionado la predilección de aquel padre, que no lo era de sangre, y ahora nada ni nadie iba a impedir que lo consiguiera.

Hugo, por el contrario, se miró las puntas de los zapatos convencido de su derrota.

*Feria de Medina del Campo. Reino de Castilla. Mayo de 1474*

El puesto de brocados y pasamanería saltó por los aires al recibir el violento choque de un joven a la fuga, perseguido por dos alguaciles. Antes de aquel, en una calle anterior, otro puesto lleno de quesos y embutidos había sufrido idéntico percance, y uno más donde se realizaban los cobros, tan lleno de balanzas, libros de cuentas y dineros como de ilustres visitantes que terminaron protestando en el suelo.

No hacía ni diez minutos que aquellos dos veladores del orden público habían acudido a una de las posadas más famosas de la villa después de recibir aviso del desvergonzado comportamiento de un grupo de jóvenes. La denunciante había sido una bella dama oriunda de Brujas, intimidada por uno de ellos con evidentes signos de ebriedad. Sin su permiso, aquel muchacho había tomado asiento en su mesa, le había robado un beso en los labios y luego la había pellizcado en las nalgas, todo ello en un visto y no visto y, al parecer, como resultado de una apuesta. Ante la imposibilidad de dar captura al resto de los integrantes, pues salieron huyendo como alma que lleva el diablo, la precisa descripción del muchacho y la ira del marido habían dirigido la persecución exclusivamente hacia él, primero por las calles adyacentes y después por la plaza mayor, hasta reconocerlo frente a la iglesia de San Antolín.



La multitud que llenaba la plaza y las calles que se abrían a ella dificultaba la carrera del perseguido, pero también el éxito de los oficiales, que a voz en grito pedían ayuda a los presentes.

El joven embistió a una mula y al caer rodando por los suelos perdió un zapato, se rasgó la manga de su camisola y se hirió en un brazo, que rompió a sangrar. No se detuvo a mirarlo: volvió a tomar pie con cierta dificultad, recuperó fuerzas y sin perder un segundo más tomó la calle de la Rúa en dirección a la judería y los arrabales de la ciudad. Allí tenía buenos amigos y la posibilidad de esconderse en alguna de sus casas, o si no, entre la enrevesada trama de sus callejuelas. De camino se cruzó con una comitiva de músicos; no menos de veinte coches de caballos de noble factura y una cantidad semejante de carromatos cargados con las más variadas mercancías. Le pesaban las piernas y tenía la cabeza a punto de explotar, bajo el efecto de las seis frascas de vino que llevaba encima.

Al volverse para mirar le pareció que había ganado terreno.

Tomó aire y aceleró la carrera con la esperanza de perderlos de vista, pero se lo impidió una cerda de más de dieciséis arrobas. Iba sujeta por una cuerda a manos de su dueño, quien por efecto del derribo del animal se vio también arrastrado al suelo. El cuerpo del muchacho resbaló por encima de la marrana primero, y por la tierra después, unas cuantas brazas más, hasta terminar estampado contra un barril lleno de arenas en salmuera. De su interior, y a través del par de duelas que su cabeza había quebrado, brotó un pegajoso y oloroso zumo que en pocos segundos se extendió por su castaña cabellera, lo último que pudo sentir Hugo de Covarrubias antes de perder el conocimiento.

Las dos jornadas posteriores a su detención fueron muy duras para el fugitivo. Las frías piedras de una oscura celda del castillo de La Mota acogieron sus huesos, los frutos del exceso

de vino y los interrogatorios a que se vio sometido hasta terminar confesando su nombre y apellido. A partir de entonces el trato mejoró, pero la espera se hizo eterna, sentado sobre el húmedo piso, sin nada que hacer salvo calcular el paso del tiempo gracias al ángulo que formaba la luz en el suelo tras atravesar un estrecho ventanuco enrejado, y pensar en todas las excusas que podía dar cuando llegase el momento. No encontró una sola que rebajase lo que le iba a tocar escuchar.

Al tercer día de su encierro, escuchó el ruido del cerrojo y vio el imponente perfil de su padre al otro lado de la reja de las mazmorras. Tragó saliva y se levantó.

—¡Hugo de Covarrubias! Eres hombre libre —proclamó el carcelero.

Hugo cruzó el umbral y saludó a su padre sin mirarlo. Luego fue tras él, primero por un pasillo subterráneo y después por dos angostas escaleras, hasta que salieron a la luz de un gran patio donde los esperaba un coche de caballos.

Tomaron asiento uno frente al otro.

—¡Hueles a rayos...! —protestó don Fernando.

Hugo prefirió seguir callado.

El carruaje rodó por el irregular empedrado del castillo produciendo un incómodo bamboleo hasta que pudo dejar atrás sus murallas y ganar velocidad por otro camino de mejor trazado. A partir de ese instante, tan solo los continuos y profundos suspiros del progenitor y alguna que otra tos seca quebraron el silencio en el interior del coche. Hugo sabía que aquel trance no duraría mucho, pero también que, si le miraba de frente, iba a arrancar una conversación bastante poco apetecible. Optó por observar el exterior desde la ventanilla. De ese modo, uno distraído con el perfil de los primeros campos y el otro con un dedo tintineando sobre el tirador metálico de la puerta, siguieron sin hablar hasta que pasaron algo más de veinte minutos.

Un largo carraspeo adelantó las primeras palabras de don Fernando.

—¿Sabes quién era la mujer con la que te sobrepasaste?

—No tengo ni idea, padre.

—¿Te suena Edgar Hossner? —El tono de voz de don Fernando se volvió más ácido—. Pues resulta que su marido es, mejor dicho, era mi segundo mejor cliente en Brujas. El año pasado compró cuatrocientas sacas de lana y nos pagó por ellas ocho millones de maravedíes. —Los ojos verdes de Hugo no huyeron de su reprobadora mirada—. La prueba que os propuse consistía en hacer clientes... ¡No lo contrario!

—Pensad que quizá no quise ganarla.

Las aletas de la nariz de don Fernando se dilataron tanto que Hugo supo que a partir de ese momento venía lo peor.

—¡¡Hugo!! —bramó con todas sus fuerzas—. Pero ¿qué demonios te pasa, muchacho? A ver si me lo explicas porque no termino de entenderlo. ¿Tan poco te importa lo que representa nuestro apellido que solo se te ocurre desmerecerlo allá por donde pasan los mejores clientes que tenemos, nada menos que en la feria de Medina? Si acaso supiera qué otra cosa quieres hacer en la vida... ¡Pero ni eso! —Golpeó la portezuela enfadado—. ¿Qué te he hecho yo para que me pagues con esa indiferencia? ¡Dímelo, por favor! A ver si así llego a entender por qué cuando se te pide una cosa haces la contraria... ¡Alguna vez podías hacerlo al revés! ¿No te parece?

Se frotó las palmas de las manos sobre las rodillas pensando que llevaba demasiados años sin encontrar respuesta alguna a esas preguntas. Eso era lo que había elevado su indignación conforme el tono de voz iba en ascenso.

Hugo suspiró.

Bien sabía el daño que su actitud provocaba, pero también que su padre no terminaba de asumir lo que pensaba ni su forma de ser. Y si se había preguntado mil veces por qué, siempre llegaba a la misma conclusión: no se parecían en nada. Él era igual que su madre y no solo en sus rasgos. Compartía sus gustos, su carácter, su sensibilidad, y sobre todo un particular don que solo ella había descubierto y que después de su falleci-

miento cayó en el olvido. Pero de aquello, de su muerte, habían pasado ya doce años y ahora la vida de Hugo era completamente distinta.

Su padre esperaba respuestas, pero en su interior bullían mil preguntas.

¿Podría entender que la raíz del problema se encontraba en la actitud que tenía hacia él? ¿Aceptaría la censura de su actual matrimonio con una mujer que había convertido su infancia en un auténtico calvario? ¿Lo haría, cuando aquella madrastra había llenado su niñez de desprecios, inquinas y desequilibrios en el trato dado a los dos hermanos, que en realidad lo eran solo por obra de esa segunda unión? ¿Reaccionaría ahora en contra de ella, como no lo vio hacer cuando le tachaba de débil e inútil cada vez que asomaba en su forma de ser la más mínima sensibilidad? ¿Se daría cuenta de que nunca estuvo con él cuando lo necesitó a su lado?

—Padre, si estáis dispuesto a escuchar lo que de verdad pienso, hoy lo haré sin subterfugios. —Tomó aire y reunió la suficiente determinación para expresarse con un inusual aplomo—. Odio que decidáis por mí. —Al ver el gesto de perplejidad de su padre, trató de explicarse mejor—: ¿Alguna vez os habéis molestado en saber qué quiero hacer? No, no me contestéis. Lo haré por vos: nunca. Por no hablar de esa pérfida mujer que tomasteis como esposa...

—¡Basta ya! No tengo por qué escuchar tantas majader...

—¡Padre! Os ruego que por una vez me permitáis explicarme. —Nunca se había atrevido a cortarle la palabra, pero tampoco antes había tomado la decisión de abrir su alma en canal como lo estaba haciendo—. Desde que esa mujer llegó a nuestra casa, su empeño no ha sido otro que rebajarme como hijo y ponerme en vuestra contra. —Tomó aire y trató de serenarse—. Entiendo vuestro empeño en meterme en el negocio de las lanas; es nuestra empresa, pero sabéis que no lo deseo. Me repele negociar con ellas, incluso verlas, y mucho más convertirme en un mercader... —sentenció, sin poner cuidado algu-

no en sus palabras—. Por eso no quise enfrentarme a vuestra prueba. Contad con Damián, a él le hará feliz; seguro que os entenderéis mucho mejor. Yo no valgo para eso, no... —Bajó la cabeza, afectado por sus propias conclusiones—. Todavía no sé lo que quiero hacer de mi vida, y os aseguro que no me resulta cómodo convivir con esa incertidumbre. Sin embargo, sí sé en qué no quiero convertirme.

Don Fernando no pudo aguantar más. Aquel acto de sinceridad estaba muy lejos del comportamiento que esperaba de su hijo. Ya estaba harto: harto de sus bobadas, harto de hacer lo posible e imposible para convertirlo en un hombre de bien, harto de sus desplantes, harto de discutir con su mujer para defenderlo, cuando Hugo rara vez apoyaba sus argumentos con hechos. Por eso, lo que acababa de escuchar no iba a modificar la decisión que había tomado en cuanto supo de su tropelía en Medina del Campo. De hecho, antes de su salida de Burgos había iniciado las primeras gestiones.

—¡Por supuesto que contaré con Damián! Está claro que solo él ha demostrado merecerlo. Y después de oír tal sarta de tonterías, la tarea que te iba a encomendar me parece aún más adecuada. Porque tú vas a ayudar, te guste o no. Como no sabes lo que quieres ni para qué sirves, me lo acabas de confesar, no me queda otro remedio que seguir decidiendo por ti. Y mi primera decisión es hacerte entender el verdadero significado de la palabra *trabajar*, algo que te he evitado hasta ahora. —Alzó el tono de voz—: Conocerás la empresa desde lo más bajo, empezando por las faenas de menor cualificación. En consecuencia, nada más llegar a casa vas a prepararte para emprender el viaje que todos los años hacen nuestras lanas: desde los lavaderos hasta el puerto. Tras ello, embarcarás hacia Brujas donde vas a disculparte personalmente con Edgar Hossner, sirva o no para mantenerlo como cliente. Solo de ese modo compensarás tu injustificable falta de compromiso con la familia, la deshonra de nuestro apellido y la barbaridad que has perpetrado.

Don Fernando era consciente de su dureza, pero deseaba remover por una vez la conciencia de su hijo. Aun así, las cinco siguientes palabras que surgieron de su boca quizá no fueran las más adecuadas. Antes de pronunciarlas inspiró una larga bocanada de aire, le miró a los ojos, tensó la mandíbula y enderezó la espalda.

—Hugo, eres... eres un fiasco.

Con el eco de aquella cruel conclusión rebotando en su cabeza el joven se sintió profundamente humillado.

—Si esa es la única valoración que tenéis de mí, descuidad que cumpliré cualquier tarea que me impongáis —replicó—. Pero no esperéis mucho más...

Recogido sobre sí mismo, sin la menor gana de seguir hablando, maduró lo que acababa de pasar. Por primera vez en su vida se había atrevido a exponer lo que sentía, sus dudas, su forma de pensar; o al menos había osado razonar los motivos que le llevaban a comportarse de forma diferente a lo que se esperaba de él. Había hecho el esfuerzo de abrir su corazón con la esperanza de ser comprendido, y nada de eso había pasado. De sobra sabía que nunca había destacado en nada, salvo en protestar, todo lo contrario de su hermanastro Damián, que siempre había sido el perfecto. Esa era la única verdad y parecía que nada que él hiciese podría cambiarla. A fin de cuentas, y como bien había escuchado, solo era un fiasco.

Pasaron doce horas dentro de aquel coche de caballos hasta que llegaron a Burgos, pero el viaje se les hizo eterno. Con tanto tiempo disponible don Fernando repasó de cabeza más de tres veces las cuentas de la empresa. Transcribió a un cuaderno todos los compromisos de compra de lana cerrados durante la presente campaña y trató de casarlos con los pedidos que le llegaban de Brujas. Pero, una vez más, constató con enorme frustración que los números no le salían.

Suspiró de forma pesada, quizá diez veces seguidas.

Su desesperación viajaba ahora desde sus cálculos a la figura de su hijo, a quien quería con toda el alma, aunque no le entendiese desde hacía demasiado tiempo. Un hijo por el que se dejaría cortar los dos brazos si con ello supiese que por debajo de sus ingratos comportamientos existía la materia prima necesaria para hacer de él un buen hombre.

Desde hacía mucho tiempo esa duda le mataba.

Hugo solo tuvo dos días para despedirse de sus conocidos, preparar el equipaje y recibir una severa amonestación por parte de su madrastra doña Urraca. La madre de Damián no se limitó a criticar el suceso en Medina, lo extendió a toda su vida: lamentable y decepcionante, así fue como la denominó.

Al menos pudo visitar a su mejor amiga.

Berenguela era vecina de calle e hija de otro comerciante, don Sancho Ibáñez, con menos tiempo en el negocio lanero y un poder económico muy inferior al de don Fernando, pero sobre todo era la persona que mejor conocía a Hugo. Como bien decía ella, mucho mejor que él mismo. Tenían los mismos años, veinte, y sus vidas habían corrido paralelas. Habían compartido infancias, juegos, secretos, peleas, confidencias y consejos; todo lo que puede unir a dos niños que ven pasar la vida con menos de una cuarta de distancia entre sus casas. Dos niños, hijos de dos familias cuyos padres eran algo más que conocidos.

Por eso, aquella visita fue la que más le costó realizar. El momento más dulce, aunque también el más amargo.

Imaginaba la pena que iba a dejar en ella, pero también su propia pérdida. Una ausencia de quizá seis o siete meses, no lo sabía con seguridad, que a priori se le hacía insoportable.

Era mediodía cuando entró en su habitación sin llamar y sin la compañía del servicio, pues en esa casa se le tenía por uno más. Berenguela estaba sentada sobre el mirador de una ventana con un libro entre las manos y su gata de nombre Ca-

nelilla enroscada en el regazo. La mañana era especialmente radiante y la luz inundaba los rincones de una estancia donde habían jugado a ser caballeros y princesas, soñado con conocer los rincones más lejanos del mundo, se habían pegado y reído hasta llorar y se lo habían contado todo.

Ella se volvió al escuchar ruido.

Su mirada se iluminó nada más reconocerlo y al instante surgieron sus dos característicos hoyuelos en unas mejillas empujadas por una alegre sonrisa. Esperó sentada, recibió un beso en la frente, y de inmediato presintió algo oscuro en su expresión.

—Supongo que me darás tu versión sobre lo de Medina del Campo. Porque he oído otras que no me termino de creer. —Le hizo un hueco para que se sentara y la gata, empujada por ella, protestó con un maullido—. Pero antes dime qué te pasa.

Hugo tardó unos segundos en contestar. Miró en sus ojos de color avellana y le costó empezar. La noticia que tenía que dar iba a doler, y si había una persona en el mundo a la que odiaba hacer daño estaba ahí, frente a él.

Suspiró, se apretujó las manos y después de un rato se confesó.

—Mañana me voy de Burgos. No sé por cuánto tiempo.

—¿Qué dices? ¿A dónde?

Berenguela se mordió el labio inferior, acusando la noticia.

—Mi padre me ha obligado a hacer la ruta de la lana hasta Brujas, donde me tendré que quedar un tiempo, no sé cuánto. Dice que así sabré lo que es trabajar de verdad.

—Pero... pero... eso es un desastre —murmuraba. Había empalidecido ligeramente y su mirada se estaba humedeciendo—. ¿Qué voy a hacer sin ti?

Hugo acarició su rizada melena rubia.

—Ya lo sé... Y lo siento, porque eres la única que me va a echar de menos. En mi casa harán lo contrario, estoy seguro. Pero no cabe otra posibilidad, debo irme; mi padre ha sido ta-



jante y te puedes imaginar lo poco que me apetece. Aunque lo que más lamento es que esta decisión me va a separar de ti no sé ni cuánto tiempo...

Berenguela perdió su anterior contención y se puso a llorar.

—¿A quién voy a contarle todas mis cosas hasta que regreses? ¿Quién va a entenderme si solo tú eres capaz de hacerlo? —preguntó entre sollozos.

En su interior había una herida mucho mayor que la que podía expresar. Porque hacía ya tiempo que amaba profundamente a Hugo y no solo como amigo. Su amor había ido creciendo a la misma velocidad que habían celebrado sus cumpleaños, aun cuando lo había ocultado siempre por temor a no ser correspondida. Conocía demasiado bien a Hugo, y como nunca había percibido que sintiera por ella algo diferente a la amistad que se tenían, temía que aquel profundo sentimiento lo asustara un día y terminara abandonándola.

Sintió el calor de su abrazo; un abrazo de consuelo que sin embargo a ella le dolió. Escuchó a continuación lo que había sucedido con aquella mujer en la posada sin poder entender, una vez más, por qué perdía la cabeza de esa manera. Pero no se lo preguntó. En Hugo no había maldad, eso sí lo sabía. La falta de su madre había desencadenado un auténtico torbellino emocional que de cuando en cuando se hacía visible con ese tipo de reacciones que nadie comprendía.

Berenguela abandonó los brazos de Hugo para mirarle a los ojos y en ese preciso instante deseó besar sus labios. Se clavó las uñas luchando contra aquel impulso, pero a cambio decidió pedirle algo, consciente de que podía pasar mucho tiempo antes de tener otra oportunidad de hacerlo.

—Hugo, nunca te olvides de mí.

Las seis palabras salieron de su boca con una lenta cadencia, sonaron hermosas, definitivas, rotundas.

—Sería imposible —contestó él, sin entender la trascendencia que tenían para ella.

—No dejaré de pensar en ti ni un solo día. Y hasta que vuelvas te llevaré aquí. —Se llevó una mano al corazón—. Sabes lo que eso significa, ¿verdad?

Hugo no respondió. Recibió el mensaje y lo guardó en su interior. Observó su rostro, sus ojos, sus mejillas. Sin ninguna prisa. Luego le dio un beso en la frente, largo y sentido. Un beso que a ella le supo solo a amistad, un beso de despedida.

De una dolorosa y larga despedida.